

---

## *Iglesia, laicos y política*

Laura Alarcón Menchaca  
*El Colegio de Jalisco*

Una de las disyuntivas de la Iglesia católica después de la revolución mexicana fue definir su posición ante las reformas adoptadas por el Estado mexicano en materia religiosa y educativa. Su actitud parecía ambivalente, o más bien la actitud de los diversos miembros del clero no era homogénea. Transitaba desde prohibir, tolerar, permitir o fomentar la participación de los católicos en política. El grupo a favor del diálogo con el gobierno conjuntamente con Vaticano insistía en prohibir la participación de los laicos en la política. Sin embargo, esto fue cambiando debido a las condiciones de la Iglesia y sobre todo del entorno mexicano. La Iglesia católica utilizó a organizaciones tales como la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) y la Unión Nacional de Estudiantes Católicos (UNEC) para coordinarlos, formarlos y sobre todo controlarlos después de los arreglos entre la Iglesia y el Estado en el año de 1929. No obstante, la década de los años treinta fue determinante para restar beligerancia a grupos de laicos y encaminarlos a que se incorporaran a un partido político que promoviera los valores católicos en que tanto insistían las organizaciones antes mencionadas. El Partido Acción Nacional (PAN) absorbió a algunos de esos jóvenes inconformes con la política del Estado y buscó canalizar sus inquietudes políticas a través de otra alternativa al modelo de nación.

## *Enfrentamiento entre miembros de la Iglesia*

La Constitución de 1917 dejó en la Iglesia mexicana y en los laicos católicos un sentimiento de que el Estado quería arrancarles aquello consideraban que les pertenecía: un proyecto de nación acorde con los principios cristianos. En la década de los años veinte las pugnas entre ambas instituciones se acentuaron debido a la resistencia, por parte de algunos miembros de la Iglesia y de laicos, a acatar la aplicación de las reformas constitucionales en materia religiosa y educativa.

Las posiciones dentro de la Iglesia católica mexicana se polarizaron en la década de los años veinte. En marzo de 1925 se fundó la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (LNDLR) cuyo antecedente fue la Liga Cívica de Defensa Religiosa (LCDR), fundada por el padre Bernardo Bergöend quien a su vez había fundado la ACJM. Luis Fernando Bernal considera que la genuina intransigencia estaba representada por el arzobispo de México, José Mora y del Río, y aún más por Francisco Orozco y Jiménez, quien regresó a su diócesis tapatía en mayo de 1925. En cambio, el arzobispo de Morelia, Leopoldo Ruiz y Flores, tomó una postura de “entrar en componendas con las autoridades para fingir cumplir con las leyes opresivas, buscando que en los hechos éstas se aplicaran de manera más laxa”.<sup>1</sup>

### El retorno de Orozco y Jiménez fortaleció

el bloque demócrata-cristiano que, a través de la Unión Popular, siguió enfrentándose con éxito a las medidas persecutorias bajo los métodos de la resistencia civil. Cuando, a principios de 1926, Calles reglamenta el artículo 130 constitucional que regulaba los cultos y ordena a las autoridades locales incrementar la persecución, la agresión oficial en Jalisco también se incrementa y el ejemplo de la UP [Unión Popular] vuelve a ser paradigmático.<sup>2</sup>

El 10 de mayo de 1926 se formó un Comité Episcopal con la intención de uniformar las distintas

1. Luis Fernando Bernal Tavares. *Los católicos y la política en México. Los orígenes históricos del Partido Acción Nacional*. México: Milestone, 2006, p. 163.

2. *Ibid.*, p. 171.

3. Andrea Mutolo. "El Episcopado mexicano durante el conflicto religioso en México de 1926 a 1929". *Cuicuilco*. México, ENAH, vol. 12, año 12, núm. 35, septiembre-diciembre de 2005, p. 124. También consúltese en <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/351/35103507.pdf>.

opiniones. Sin embargo, como señala Andrea Mutolo, el Episcopado mexicano se dividió en las corrientes que se presentan a continuación:

los más pacifistas, como Leopoldo Ruiz y Flores, Antonio Guízar y Valencia, obispo de Chihuahua y Serafín Armora, obispo de Tamaulipas, estaban dispuestos a aceptar la Ley Calles, buscando mejorar las relaciones con el gobierno. Por otra parte, algunos obispos, como José Manríquez, obispo de Huejutla, estaban dispuestos a desobedecer al gobierno hasta el final. La relativa mayoría estaba a favor de la suspensión del culto.<sup>3</sup>

Los cinco obispos que conformaban el comité eran el presidente José Mora y del Río, el vicepresidente Leopoldo Ruiz y Flores, el secretario Pascual Díaz Barreto y los consejeros Francisco Orozco y Jiménez y Pedro Vera y Zuria. Bernal señala que la pugna entre el vicepresidente y uno de los consejeros, Orozco y Jiménez, significaba la tensión entre dos importantes arquidiócesis. Y añade que el bloque michoacano abanderaba un catolicismo aristocrático-conciliador, con una concepción cupular de las relaciones Estado-Iglesia. En cambio, Orozco y Jiménez dirigía la corriente demócrata-cristiana intransigente que impulsaba la movilización y agitación popular con el liderazgo del radicalismo jesuita.

Por indicaciones de Roma, el Comité Episcopal tomó la decisión unánime de suspender los cultos el 31 de julio de 1926, y en septiembre la LNDLR decidió irse por la vía armada. A pesar de que en un inicio Vaticano apoyaba a los católicos mexicanos en la lucha, Pascual Díaz, durante su estancia en Roma en 1927, los convenció de que no había posibilidades de triunfo, lo que modificó la política de Vaticano. Su posición junto con la de Ruiz y Flores reflejaba la intención de llegar a los "arreglos" entre el Estado y la Iglesia. Esta posición se vio favorecida con la muerte del arzobispo de México, José Mora y del Río, en 1928 y el viaje que hizo Ruiz y Flores a Roma en 1929 ya como delegado apostólico.<sup>4</sup> Se lograron los arreglos con el gobierno

4. *Ibid.*, pp. 126 y 127.

en junio de 1929 con la intervención de autoridades y el clero norteamericano.

Los “arreglos” mostraron el antagonismo entre grupos de la jerarquía eclesiástica. Uno de ellos, al que pertenecía el arzobispo de Guadalajara, Orozco y Jiménez, no estaba de acuerdo con los “arreglos”; en cambio, el grupo formado por Pascual Díaz Barreto y Leopoldo Ruíz y Flores consideraba que eran necesarios a pesar de no haber logrado los objetivos.

Esta situación no quitó la tensión entre los católicos y el Estado, por lo que la Iglesia “arreglista” buscaba a cualquier precio calmar los ánimos de los antiguos cristeros. El Estado deseaba controlar a la Iglesia, y ésta a su vez se oponía a cualquier sujeción. La Iglesia fue cambiando de actitud y le apostó a la formación de organizaciones católicas. Sin embargo, la posición ante ellas demostró la tensión existente entre los miembros del clero.

Las heridas en los católicos y en el clero intransigente tardaron mucho en sanar. Todo ello fue conformando un escenario en que los laicos católicos buscaron, junto con algunos sacerdotes, formas de organizarse bajo la férula de algunos miembros de la Iglesia. La jerarquía eclesiástica buscaba la manera de controlar a los católicos beligerantes. Por ello, intentó disolver a la ACJM y a la LNDLR ya que eran las dos agrupaciones que el episcopado buscaba veladamente desaparecer. Como bien señala Bernal:

El trato dado por Monseñor Ruiz y Monseñor Díaz a estas organizaciones después de la derrota, fue particularmente rudo y desconsiderado. Esto se explica por la rivalidad que con éstas y con sus dirigentes tenían ambos prelados de tiempo atrás, y habría sido diferente, como se vio en otros casos, si hubieran simpatizado con ellos en algún momento.<sup>5</sup>

Vaticano buscaba controlar a los jóvenes y en ese momento les prohibía la participación política, en el fondo buscaba no enfrentarse con el Estado y así ir restableciendo la fuerza que le caracterizaba. Por otra

5. Bernal, *op. cit.*, p. 200.

parte, algunos sacerdotes consideraban que debían formar a los jóvenes dentro de la cultura católica.

*La Iglesia católica:  
¿control o apoyo a los laicos?*

Vaticano no dejó de emitir sus opiniones sobre la situación de México. En febrero de 1926, Pío XI envió la carta *Paterna Sane sollicitudo* “sobre la injusta situación de la Iglesia en México y normas para promover allí la Acción Católica”, dirigida al arzobispo de México, José Mora y del Río, y al episcopado nacional en la que condenaba las leyes de México, el ataque del gobierno a la Iglesia y los favores que recibía la Iglesia cismática;

la carta papal concluye con una serie de normas prácticas: los obispos, clero y Acción Católica deben abstenerse de toda labor política partidista, a fin de no dar ocasión al enemigo para hostilizar a la Iglesia; no se deberá por ello formar partido católico alguno ni escribir sobre temas políticos en la prensa. Sin embargo, según Pío XI, tal abstención no supone dejar de ejercer los propios derechos civiles ni que los sacerdotes se alejen de toda preocupación cívica o política, sino que, por el contrario, se duplicarán los esfuerzos para que los jóvenes y obreros, de modo especial, sean capacitados con todo empeño en estos compromisos.<sup>6</sup>

La carta apostólica buscaba promover la necesidad de formar la Acción Católica (AC) como un instrumento para formar a los hombres de acuerdo con los preceptos de la Iglesia y así lucharan por las verdaderas necesidades de la sociedad. Sin embargo, la AC no pudo funcionar antes de los Arreglos de 1929.<sup>7</sup>

El 18 de noviembre de 1926, en plena guerra cristera, Pío XI publicó la Encíclica *Iniquis Afflictisque*, acerca de la durísima situación del catolicismo en México en la que no dejaba de mencionar la “ejemplar conducta de las asociaciones católicas”. La formación de organizaciones estudiantiles tenía como objetivo discutir cuestiones religiosas, políticas y problemas

6. José Miguel Romero de Solís. *El aguijón del espíritu. Historia contemporánea de la Iglesia en México (1892-1992)*. México: Imdosoc-El Colegio de Michoacán-Archivo Histórico del Municipio de Colima-Universidad de Colima, 2006, p. 357.
7. María Luisa Aspe Armella. *La formación social y política de los católicos mexicanos. La Acción Católica Mexicana y la Unión Nacional de Estudiantes Católicos. 1929-1958*. México: UIA-Imdosoc, 2008, p. 144.

sociales en general. En diciembre de 1929 emitió la Encíclica sobre la Educación de la Juventud, *Divini illius Magistri*, en la que señalaba el papel predominante que debía tener la Iglesia en la educación de los jóvenes puesto que, enfatizaba, la moral pertenece totalmente a la Iglesia. En la introducción, Pío XI señalaba que era un error del mundo moderno buscar la perfección mediante la educación laica. La AC era el instrumento propicio para inculcar en los jóvenes los valores cristianos y fortalecer ese ambiente que la Iglesia buscaba en los laicos.

Según la Iglesia, el Estado sólo debía intervenir donde la Iglesia no podía o no le convenía, y debía subordinarse a ella en materia educativa. En ese mismo año se formó la Acción Católica Mexicana (ACM), que fue utilizada como “la nueva estrategia de la Iglesia para enseñar y difundir ‘la misma y única verdad’”.<sup>8</sup>

En junio de 1931 Pío XI, en una audiencia con un grupo de católicos encabezados por el arzobispo Pascual Díaz y Barreto señaló que

la Acción Católica, también en México, a pesar de todo lo acontecido allí de sufrimientos y persecuciones tremendas, no hace, no debe hacer, no hará política. Su objetivo es un objetivo religioso: ella quiere siempre más, siempre mejor formar cristianamente las conciencias.<sup>9</sup>

Las relaciones entre el Estado mexicano y la Iglesia se tornaron aún más complicadas por la actitud del primero en materia educativa. Por ello, Vaticano respondió con la emisión de la Encíclica *Acerba Animi Anxietudo*, relativa a la situación de la Iglesia en México que fue publicada el 29 de septiembre de 1932. En ella, Pío XI hacía mención de la necesidad de tomar una actitud paciente aunque no dejaba de expresar que a pesar de que en 1929 el presidente de México había declarado que no era su propósito destruir la “identidad de la Iglesia”, parecía que las nuevas acciones contradecían lo dicho por Plutarco Elías Calles, considerado el Jefe Máximo. En realidad, el

8. Archivo de la ACM, Junta central, Presidencia, Carta 12 de marzo de 1931 del presidente de la junta al presbítero Miguel Darío Miranda con las conclusiones del programa de la Campaña de Instrucción religiosa. Cit. por María Luisa Aspe Armella. “El universo católico mexicano y el surgimiento del Partido Acción Nacional (1929-1958)”. Virginia Aspe Armella (comp.). *Filosofía política y derechos humanos en el México contemporáneo*. México: CNDH, 2005, p. 85.

9. Bertetto: 556. Cit. por Romero, *op. cit.*, p. 391.

papa llamaba a la conciliación y no al enfrentamiento, pero tampoco a la sujeción.

Aunque en México había síntomas de conciliación, el 19 de marzo de 1937 Pío XI lanzó la Encíclica *Divini Redentoris*, o comunismo ateo. Con ello, daba mayores elementos de enfrentamiento entre los jóvenes que estaban a favor o en contra de la educación socialista. Para ello, conminaba no solo a los sacerdotes sino también a las organizaciones católicas que formaban parte de la ACM como auxiliares para difundir el ideal de sociedad de la Iglesia. Sin embargo, una vez más, Vaticano no vaciló en expresar una opinión distinta sobre los acontecimientos de México, la cual fue expresada por Pío XI en la Encíclica o carta al Episcopado mejicano, *Firmissimam Constantiam* (Firmísima constancia), emitida el 28 de marzo de 1937.<sup>10</sup> En ella desaparece el tema de la situación complicada de México que no dejaba Vaticano de externar en encíclicas anteriores: “señalaba de manera expresa la diferencia entre la obra de redención social en la que podían marchar de la mano todos en México y la carencia de auténtica libertad religiosa”.<sup>11</sup> Vuelve a plantear la necesidad de fortalecer a las organizaciones de la AC y motiva a los sacerdotes a que dediquen a “ella las mejores energías y la más oportuna diligencia”.

### Considera que no obstante que

ya hemos indicado algunas actividades que, aunque no le son contrarias, caen fuera del campo de la Acción Católica, como serían las actividades de partidos políticos y las de orden puramente económico-social. Pero existen otras muchas actividades benéficas que se pueden agrupar en torno al núcleo central de la Acción Católica, cuales son las Asociaciones de Padres de Familia para la defensa de las libertades escolares y de la enseñanza religiosa, la Unión de Ciudadanos para la defensa de la familia, de la santidad del matrimonio y de la moralidad pública; pues la Acción Católica no cristaliza rígidamente en esquemas fijos, sino que sabe coordinar, como en derredor de un centro irradiador de luz y de calor, otras iniciativas e instituciones auxiliares, que,

10. Pío XI. *Firmissimam constancia*, 28 de marzo de 1937 ([http://www.mercaba.org/PIO\\_XI/pio-xi.htm](http://www.mercaba.org/PIO_XI/pio-xi.htm)), 16 de noviembre de 2011.

11. Manuel Olimón Nolasco. *Hacia un país diferente. El difícil camino hacia un modus vivendi estable. 1935-1938*. México: Imdosoc, 2008, p. 16.

aun conservando una justa autonomía y conveniente libertad de acción, necesarias para lograr sus fines específicos, sienten la necesidad de seguir las reglas generales y las comunes normas programáticas de la Acción Católica.<sup>12</sup>

El discurso de la Iglesia pasaba a suavizarse y parecía que accedía a que los laicos participaran en la política de manera institucional y así suprimieran como opción de cambio la violencia. El aumento de las tensiones en Europa, la fuerza de los gobiernos dictatoriales, el enfrentamiento con los países del eje, así como la inconformidad del clero norteamericano y la actitud tolerante del Estado mexicano beneficiaron una actitud diferente hacia México. Las cosas parecían tomar otro rumbo. La solidaridad de la Iglesia mexicana con el gobierno de Lázaro Cárdenas a raíz de la expropiación petrolera distendió aún más las relaciones tirantes entre ambas instituciones.

#### ACJM y UNEC

La ACJM y la UNEC desempeñaron un papel central como organizaciones de jóvenes católicos que buscaban implementar la Doctrina Social Católica en la vida pública de México. La primera fue fundada en el año de 1913 por el jesuita belga radicado en México, Bernardo Bergöend, quien argumentaba

que la idea de fundar la ACJM le surgió al darse cuenta que los alumnos de los colegios jesuitas en el país, carecían de celo apostólico y no contemplaban llegar a ser en un futuro no tan lejano, un elemento de restauración nacional, entendiendo ésta como recuperación de la centralidad perdida por la Iglesia en la vida social nacional.<sup>13</sup>

Debido al conflicto armado Bergöend tuvo que salir del país, y fue hasta 1918 que se pudo formar el Comité Central de la ACJM, siendo su primer presidente laico René Capistrán Garza. El sentido de la institución era restablecer los principios cristianos en la vida pública de México, y para ello era fundamental la formación,

12. *Firmissimam...*, *op. cit.*, núm. 32.

13. Jesús Gutiérrez Casillas. *Jesuitas en México durante el siglo xx*. México: Porrúa, 1979 (Biblioteca Porrúa, 77), pp. 107-109. Cit. por María Luisa Aspe Armella. *La formación social...*, p. 64.

educación y organización de los jóvenes católicos. La política estatal acentuó el deseo de los jóvenes católicos de defender a la Iglesia. En ese momento, la Iglesia les prohibía participar en el campo político.

La ACM se fundó en 1929 y buscaba coordinar la acción de los laicos bajo la dependencia de la jerarquía eclesiástica. La ACJM era una organización fundamental dentro de ella. El mensaje era muy claro: había que organizar a los feligreses y procurar que no se salieran de los lineamientos de Vaticano. Con la formación de la ACM algunos miembros del clero mexicano buscaban no solo restarle importancia a la ACJM, sino desaparecerla ya que tenía mucha fuerza y arraigo entre los jóvenes. En un sentido era la parte de la ACM de mayor empuje hasta el momento.

Desde 1929, Pascual Díaz intentó desaparecer a la ACJM porque, según él, violaba el estatuto de prohibición de incursionar en política. En realidad, con la reforma que había hecho Pío XI en la organización de la ACM, le impedía a la ACJM seguir con esa misión. Los nuevos lineamientos pretendieron controlarla y quitarle el sesgo de la formación a través de círculos de estudio en materia civil y política. Éstos fueron un instrumento central para lograr la formación en los ámbitos tanto religiosos como político-sociales.

Se logró que en 1931 “se emitiera una orden pontificia, la cual instaba a los altos jerarcas del clero mexicano a reinstaurar a la ACJM con sus mandos y estatutos tradicionales. Asimismo, Monseñor Pascual Díaz, arzobispo de México, fue llamado al Vaticano para dar explicaciones”;<sup>14</sup> esto le dio un nuevo impulso a la ACJM. No obstante había una actitud de rechazo por parte del grupo de Monseñor Díaz. En el fondo era la pugna entre el clero “arreglista” y los “rebeldes”. Todo esto estaba inmerso en el conflicto de los laicos más beligerantes que optaron por abandonar la ACJM y formar otras agrupaciones más combativas en las que participaron miembros de la LNDLR y algunos ex acejotaemeros que habían salido de la Asociación.<sup>15</sup>

14. James Wallace Wilkie y Edna Monzón de Wilkie. *Frente a la Revolución Mexicana. 17 protagonistas de la etapa constructiva (entrevistas)*. T. II: Entrevista con Miguel Palomar y Vizcarra. México: UAM, 2001, p. 217. Cit. por Bernal, *op. cit.*, pp. 208-209.

15. Bernal Tavares analiza en detalle estos conflictos. Véase Bernal, pp. 195-223.

La crisis que sufrió la ACJM lastimó mucho al padre Bergöend ya que, aunque en cierto sentido comprendía, le dolió la salida de varios antiguos acejotaemeros, como el Centro de Estudiantes Católicos Mejicanos[sic.]. Ellos consideraban que la nueva ACJM no era la misma en la que ellos habían ingresado.<sup>16</sup> Este grupo formó la Juventud Nacionalista y más tarde el Partido Acción Nacional (PAN) que, como señala Barquín, no tiene nada que ver con el fundado en 1939 por Manuel Gómez Morin.<sup>17</sup>

El padre Bergöend, quien era el asesor eclesiástico general de la ACJM, les dio un mensaje a los miembros de Juventud Nacionalista en el año de 1935 en el que señalaba que se sentía contento con que Juventud Nacionalista:

constituya el organismo cívico y político del que salgan los líderes, los jefes de la política y el civismo cristiano, el núcleo que suministre jefes ... La A.C.J.M. fue fundada precisamente por mí para formar jefes que actuaran en la política conduciendo al pueblo para salvar este País que merece se haga algo por él ... La A.C.J.M. no tiene por fin último el de formar jóvenes que permanezcan entregados al estudio, en la inacción, una vez formados. Si así fuera el fin último de la A.C.J.M., yo, su fundador y Asistente Eclesiástico General, declarararía con verdad que la Asociación no tiene razón de ser.<sup>18</sup>

Andrés Barquín y Ruiz analiza ese paso de la Iglesia que fue de prohibir a permitir, por no decir fomentar, la participación cívica y política de los jóvenes católicos.<sup>19</sup> Luis Vargas, como presidente general de la ACJM, le envió a José Garibi Rivera, arzobispo de Guadalajara, los Principios Cívicos el 18 de mayo de 1939.<sup>20</sup> Éstos fueron redactados por “Guillermo López de Lara, y que ayudó a dar a los jóvenes la formación comprometida y militante que se traducía en un ánimo de transformar cristianamente a México, en una convicción de no aceptar la derrota”.<sup>21</sup>

El escenario parecía haber cambiado de forma positiva pero no fue así, ya que la guerra mundial, la alianza del gobierno mexicano con el vecino del norte

16. Andrés Barquín y Ruiz. *Bernardo Bergoend S.J.* México: Jus, 1968, pp. 190-191.

17. Este punto por el momento no lo desarrollaré; no obstante, quiero resaltar que la “nueva” ACJM tomó rasgos distintos.

18. Barquín y Ruiz, *op. cit.*, p. 215.

19. *Ibid.*, *passim*.

20. Archivo del Arzobispado de Guadalajara (en adelante AAG), Sección Gobierno, Serie Asociaciones (Acción Católica), año 1940-1946, caja 2.

21. Bernal, *op. cit.*, p. 225.

y la conciliación entre la Iglesia y el Estado propiciaron que el arzobispo Luis María Martínez diera un viraje en 1941 al tomar la decisión de reanudar la represión hacia los grupos que se opusieron a los arreglos y que buscaba una Iglesia más comprometida:

Y como la intención era que ahora el golpe fuera certero y letal, se decidió dar una medalla al padre Borgöend por sus méritos y finalmente despedirlo; a Guillermo López de Lara, autor de la Declaración de Principios ya mencionada, simplemente se le echó y ‘los auténticos viejos acejotaemeros tuvieron que marcharse a sus casas, siendo seguidos en masa por aquellos nuevos acejotaemeros que habían asimilado el espíritu de la genuina Asociación y normaban sus actos por dicha declaración de principios cívicos ...’<sup>22</sup>

22. Barquín y Ruiz, *op. cit.*, p. 273.  
Cit. por Bernal, *op. cit.*, p. 235.

En 1942 se retiró Bergöend, por lo que la ACJM entró en una fase de debilitamiento. El jesuita fundador de la Asociación murió en octubre de 1943 en Europa. La pérdida de fuerza de la ACJM fue manifestada el 12 de junio de 1944 por Francisco Herrán de Anda, quien renunció a su cargo de Presidente del Comité Diocesano de la ACJM en Guadalajara alegando falta de tiempo y el funesto estancamiento de la Asociación.<sup>23</sup>

23. Archivo del Arzobispado de Guadalajara. Sección Gobierno, Serie Asociaciones (Acción Católica), 1940-1946. Caja 2.

La UNEC fue una organización de jóvenes católicos que formaba parte de la ACM, pero no como organización fundamentada sino confederada, lo que la hacía menos dependiente de la jerarquía eclesiástica mexicana. Uno de los elementos centrales en su formación fue la inconformidad de algunos estudiantes católicos por la política educativa del Estado. Consideraban que el gobierno fraguaba un ataque en contra de la libertad de enseñanza, lo que motivó que varios estudiantes, pertenecientes a escuelas particulares, pensarán en organizarse para defender sus propios derechos e intereses.

En 1926 se formó la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos de México (CNECM) que tenía como fines: la protección y fomento de los intereses de los estudiantes, la libertad de enseñanza, la cristianización de la juventud estudiantil, la educación social y cívica

de sus socios y la mutua ayuda entre ellos.<sup>24</sup> El primer asesor eclesiástico que tuvo esta organización fue el jesuita Miguel Agustín Pro. Cuando éste fue fusilado, lo sustituyó el padre Ramón Martínez Silva quien era muy cercano al arzobispo Orozco y Jiménez.<sup>25</sup> Los estudiantes se manifestaron en contra de la orden que dieron las autoridades educativas de suprimir imágenes en las escuelas particulares de Cristo en la cruz.

En diciembre de 1931 se celebró la Convención Nacional y fue

Allí [donde] conocimos la historia de la CNECM a la que nuestra convención daba proyecciones nacionales; pero a la que, para diferenciarla claramente de la CNE (Confederación Nacional de Estudiantes, neutra), se convino en llamar *Unión Nacional de Estudiantes Católicos*, la “Unec”, con espíritu más renovado, más universitario, más moderno.<sup>26</sup>

Sobre la UNEC decían algunos de sus miembros que no se hacía política porque no necesitaba, sino que los formaba para la responsabilidad: “en Cuba 88<sup>27</sup> y en la Universidad, universitarios católicos y católicos universitarios ... La UNEC tiene por fin la *coordinación de las fuerzas vivas de la juventud estudiosa* para atender los intereses de su clase según los principios católicos”.<sup>28</sup> De acuerdo con María Luisa Aspe Armella: “la UNEC surgió como es de suponer, bajo los lineamientos de la Iglesia, con la supervisión de un asistente eclesiástico –jesuita desde su origen– pero con una cierta autonomía, más de facto que legal, con respecto a la ACM (Acción Católica Mexicana)”.<sup>29</sup>

Calderón Vega señala que la CNECM obedecía a las circunstancias de 1926 y los forjadores fueron acejotaemeros de 16 años. En cambio, la UNEC planteó la asistencia a jóvenes en la universidad y los formó el jesuita Ramón Martínez Silva. Aspe Armella apunta que las diferencias entre la UNEC y la ACM no sólo eran de forma, sino también de fondo, y se disputaban la exclusividad para el apostolado en la universidad pública. Las diferencias se manifestaban en el perfil

24. Luis Calderón Vega. *Cuba 88. Memorias de la UNEC*. 2ª ed. México: Fimax publicistas, 1962, p. 14.

25. Bernal, *op. cit.*, pp. 280-281.

26. Calderón Vega, *op. cit.*, p. 35.

27. Cuba 88 era el domicilio en que se reunían en la ciudad de México. A eso se debe el nombre de la obra de Luis Calderón Vega.

28. Calderón Vega, *op. cit.*, p. 95.

29. Aspe, “El universo católico...”, p. 95.

30. *Ibid.*, p. 96.

31. Calderón Vega, *op. cit.*, pp. 36 y 198.

32. Existen diversas opiniones sobre cuándo y dónde se fundó. Los ejemplares que hemos podido consultar están en el Archivo Manuel Gómez Morin (AMGM). Centro Cultura Manuel Gómez Morin A.C., Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), ciudad de México.

de los jóvenes agrupados en la Universidad Nacional: “Por regla general los de la UNEC pertenecían a la clase media acomodada e incluso algunos a la elite mexicana, procedían casi todos, de las ciudades capitales del país. Los de la ACJM eran en su mayoría provincianos de clase media y escasos recursos”.<sup>30</sup> Los estudiantes de la UNEC tenían un mejor nivel académico puesto que eran escogidos por el jesuita Martínez Silva y tenían mayores dotes de oradores.

Los últimos días de 1931 se inauguró la Convención Iberoamericana en que México tuvo como representantes numerarios a Miguel Estrada Iturbide, Antonio Gómez Robledo, Luis Islas García, Enrique de la Mora, Manuel Ulloa Ortiz y Raúl Fernando Cárdenas. Este último y Rafael Regil fungieron como secretarios de la Convención y, como representantes colaboradores, los delegados a la Convención Nacional. Calderón Vega añade en una nota que además de ellos, de Guadalajara asistieron Silvano y Vicente Camberos Vizcaíno, Carlos Cuesta Gallardo, Juan Fernández de la Vega, José Díaz Morales, Ramón Garcilita Partida, Alfonso Gutiérrez Hermosillo, Carlos Gómez Lomelí, Francisco López González, José María Partida y Guillermo Villalobos.<sup>31</sup>

El instrumento que utilizaron los miembros de la UNEC fue la publicación de la revista *Proa*.<sup>32</sup> La revista fue utilizada como órgano de difusión y discusión de ideas que aglutinaban al grupo. Temas como la libertad de enseñanza en la universidad y la relación de la política con el catolicismo eran algunos de los temas tratados en la revista. Varios miembros que militaban en la UNEC en la década de los treinta colaboraron activamente en *Proa* y, cuando vino su declive en 1940, pasaron a formar parte del PAN: Miguel Estrada Iturbide, Juan Landereche Obregón, yerno de Manuel Gómez Morin, José Herrera Rossi, Daniel Kuri Breña, Carlos Septién García, Manuel Ulloa Ortiz, Jesús Toral Moreno, Adolfo Christlieb y Luis Calderón Vega, por enumerar a unos cuantos.

El PAN fue fundado el 15 de septiembre de 1939 cuando México, según las palabras de Gómez Morin, atravesaba por una “situación intolerable: una amenaza

inminente de pérdida de la libertad”.<sup>33</sup> El PAN reunió a estudiantes, profesores, profesionistas y empresarios pertenecientes a las clases media y media alta urbanas. Los fundadores le dieron una personalidad al naciente partido en el que destacaron, además de la de Gomez Morin, las figuras de Efraín González Luna, Miguel Estrada Iturbide, Rafael Preciado Hernández, Agustín Aragón, Gustavo Molina Font y Aquiles Elourduy. La participación política era un elemento central para solucionar los problemas económicos y sociales, pero para obtener el poder todavía llevaría su tiempo. El fortalecimiento y la organización de la ciudadanía eran elementos primordiales en el discurso panista para lograr “una patria generosa”.

Los vínculos de los fundadores del PAN con agrupaciones como la UNEC y la ACJM han generado diversos debates sobre si es o no un partido confesional. Calderón Vega especificaba que frente a esta realidad los fundadores y miembros del PAN “hemos querido evitar conscientemente que la Iglesia católica que, por su naturaleza y fines, está por encima de los partidos, sea utilizada por éstos, inclusive por el nuestro, para finalidades políticas que en sí mismas son temporales y variables”.<sup>34</sup>

El apoyo que recibió Gómez Morin de los *unécicos* para la formación del partido le dio rasgos distintivos: “los *unécicos* en la universidad viven una formación intelectual en un ambiente plural y de debate que es desconocido para las juventudes católicas de Acción Católica comandadas por la ACJM”.<sup>35</sup> Aspe Armella señala el contraste entre los miembros del partido de origen *unécico* y los *acejotaemeros*.<sup>36</sup> Los primeros, como lo recalca Calderón Vega y lo fundamenta Aspe Armella, no se asumían de entrada antirrevolucionarios, sino que concebían el mundo público distinto a los miembros de la ACJM. Al respecto:

Los *acejotaemeros* reclaman a los *unécicos* la soberbia intelectual de no conceder razón a todo pronunciamiento obispal o lineamiento de las autoridades de Acción Católica.

33 James W. Wilkie y Edna Monzón de Wilkie. *México en el siglo xx. Entrevista a Manuel Gómez Morin*. México: Jus, 1978, pp. 55 y 56; cit. por Carlos Castillo Peraza (comp. y estudio introductorio). *Manuel Gómez Morin, constructor de instituciones (Antología)*. México: FCE, 2006, p. 33.

34. Luis Calderón Vega. *Reportaje sobre el PAN. 31 años de lucha*. México: Acción Nacional, 1970, p. 235. Cit. por Martaelena Negrete. *Relaciones entre la Iglesia y el Estado en México, 1930-1940*. México: El Colegio de México-UIA, 1988, p. 235.

35. Alonso Lujambio. “Gómez Morin, el PAN y la religión católica”. *Nexos*. México, núm. 381, septiembre de 2009, p. 69.

36. Aspe Armella, *La formación social...*, pp. 405-406.

37. Lujambio, *op. cit.*, p. 69.

A la UNEC se le tenía como organización “confederada” de Acción Católica en una situación ambigua que, sin embargo, era aprovechada por los *unécicos* que en ningún momento debían obediencia –como los *acejotaemeros*- a sus párrocos sino al jesuita que la Compañía de Jesús le nombrase como “asistente eclesiástico ...”<sup>37</sup>

La filiación de unécicos y de acejotaemeros al partido atenuó, por un lado, la fuerza de las organizaciones laicas pero, por el otro, según lo señala Soledad Loaeza, debilitó al partido porque dependía de sus cuadros. Considero que más bien fue que la Iglesia debilitó a las organizaciones y fomentó su canalización al partido político para calmar su beligerancia y encasillarlas en un partido que fuera el instrumento institucional de participación política.

La relación entre Manuel Gómez Morin y Efraín González Luna, quien provenía de las filas de la ACJM, surgió por la inquietud de Gómez Morin de organizar una editorial y una sociedad que distribuyera libros. Sin embargo, hasta la Navidad de 1938, “Manuel buscó a Efraín con el fin de que lo ayudara a fundar un partido político”.<sup>38</sup> En enero de 1939 platicaron los dos líderes y acordaron que González Luna quedaría como encargado de formar el Comité en Jalisco, el cual quedó constituido el 4 de marzo de 1939 por Ricardo Quirós, Alejandro Ramírez, J. Ernesto Aceves, Ignacio Díaz Morales y Francisco López González.<sup>39</sup>

A diferencia de la ciudad de México, los grupos que abastecieron las filas partidistas en Jalisco provenían en gran parte de las organizaciones religiosas como la ACJM y en menor medida de la UNEC. Posiblemente eso le dio rasgos distintivos al PAN en Jalisco. Su figura central, González Luna, había sido en 1921 presidente diocesano de la ACJM:

A diferencia de muchos miembros de la ACJM, y a pesar de ser un militante católico opuesto a la intolerancia religiosa de los gobiernos posrevolucionarios, González Luna se negó a participar en el movimiento cristero de los años veinte y tampoco aceptó involucrarse en las tareas del sinarquismo en

38. Jorge Alonso. *Miradas sobre la personalidad política de Efraín González Luna*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2003, pp. 68-69.

39. Archivo del Partido Acción Nacional (APAN). Fundación Rafael Preciado Hernández. Expediente 7, c-146, inv.2.1939. Catalogación nueva: CR/Jal./1939/1-1.

los años treinta. Del primer movimiento rechazó la violencia como método, del segundo el carácter predominantemente clandestino de muchas de sus actividades.<sup>40</sup>

Sin embargo, es innegable la presencia de los *acejotaemeros* en la dirigencia del PAN en Jalisco. En el primer Comité Regional habían formado parte de la ACJM, además de González Luna, J. Ernesto Aceves, quien había pertenecido a la Junta Diocesana de Guadalajara en 1935.<sup>41</sup> En el Consejo Nacional, que se reunió por primera vez el 3 de diciembre de 1939, participó también Luis Ugarte, quien era tesorero en la misma Junta Diocesana. Si tomamos la lista de los miembros del Consejo Regional y del Comité Regional que se presentó en 1942, encontramos que varios de ellos provenían de la ACJM.

Sin embargo, necesitamos profundizar nuestro análisis para determinar el peso de los miembros de la UNEC y los de la ACJM en una y otra parte de México. En primera instancia los *unécicos* fueron más fuertes en la ciudad de México, en cambio los segundos tuvieron más peso en Jalisco.

De esta manera las relaciones entre la Iglesia y el Estado se fueron distendiendo ya que los católicos encontraron una forma de participar pacífica y lentamente en la vida política nacional.

40. Alonso Lujambio. *¿Democratización vía federalismo? El Partido Acción Nacional 1939-2000: la historia de una estrategia difícil*. México: Fundación Rafael Preciado Hernández, 2006, pp. 34-35.

41. Juntas y/o Comité Central de la ACJM. Archivo de la Acción Católica Mexicana (AACM). Universidad Iberoamericana. Biblioteca Xavier Clavijero. Acervos históricos. Caja 3. Del 2.10 al Culiacán-Guadalajara. Carpeta 2.10 Junta Diocesana de Guadalajara de la ACM.